

necesidad de la reforma, mas no son capaces de llevarla a cabo. Simples hacedores de frases, ni sus palabras ni sus actos han tenido la virtud comunicativa, el irresistible poder de la sugestión. No han logrado transformar en sí mismos las ideas en sentimientos; les ha faltado el apasionamiento que arrostra la persecución y el martirio; no han hecho de su vida, en fin, la imagen adorada, el arquetipo viviente, de su palabra y su doctrina. Es deplorable que generosos ideales de fraternidad y acercamiento en los elementos moderados de todos los partidos hayan hecho quiebra a raíz de su iniciación, debido a la sombra de egoísmo sobre ellos proyectada por espíritus demasiado débiles para despojarse de sectarismos. Tal fué el fracaso en 1910 de lo que en Colombia se llamó Unión Republicana en 1909. El noble y desinteresado propósito, al cual parecieron aportar su contingente personalidades salientes de todos los partidos, entrañaba para los hombres de buena fe la creación de un partido nuevo bajo cuya bandera encontrarán asilo todos los hombres de buena voluntad que vieron en ese movimiento un fin patriótico y no un medio egoísta. Mas para los que de mala fe lo secundaron,—y éstos fueron los más,—no significaba otra cosa que un medio artero para salvar, como los hechos lo comprobaron luego, al favor de proceder desleales, unas instituciones tambaleantes con el apoyo de aquellos que desde muchos años venían siendo víctimas de esas instituciones. No piensen, sin embargo, los extremistas adversos a la creación de dicho partido, que mis palabras vienen a darles la razón. No fueron, entiéndase bien, las ideas las que fracasaron. Fueron los iniciadores, los reformadores que no supieron ser arquetipos vivientes de su palabra y de su doctrina, que no lograron inflamar la idea con el fuego del sentimiento, y se dejaron engañar por aquellos que entraron en la evolución con el egoísmo y la traición en el alma.

La idea vive. Tarde o temprano habrá de arrollar cuanto a su triunfo se oponga. Triunfará porque las viejas sectas filosóficas, bautizadas allí con los pomposos nombres de partido conservador y liberal, han hecho bancarrota.

La secta conservadora ha convertido la religión católica en bagaje de sus especulacio-

nes. Se ha escudado con la Iglesia. No puede negarse que conoce el medio y ha obrado con talento. Ha comprendido, para explotarlo, cuán poderoso es el sentimiento religioso de las masas. De otro lado, la secta liberal se ha encargado de avivar el fuego de ese sentimiento. Ha combatido el catolicismo olvidándose de que es la religión predominante, por no decir la exclusiva. Ha confundido las creencias de la población con el clericalismo especulador, sin reflexionar en que «para oponerse a los esfuerzos reaccionarios del clericalismo,—me apoyo en la autoridad de Rodó—no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna; como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repugnar para la Francia la gloria de Marengo y Austerlitz, y para combatir la persistencia política y social del caudillaje no necesitamos nosotros desconocer la fuerza fecunda y eficaz que representó la acción de los caudillos en el desenvolvimiento de la revolución de América».

Lo que más ha contribuido a vigorizar el jacobinismo conservador ha sido la actuación anticatólica del jacobinismo liberal. Los caudillos de éste último imaginan ahora que no tocando en sus programas la cuestión religiosa, que guardando el silencio de las tumbas cuando se les pide que definan a ese respecto sus propósitos, logran engañar a multitudes en las cuales el sentimiento religioso llega a ser más poderoso,—así lo han declarado sus voceros,—que el sentimiento de patria. Los engañados son ellos mismos, los caudillos del jacobinismo liberal. Ni éstos, ni los jacobinos inquisitoriales tienen otro concepto de la libertad que el de ejercerla sin medida, sin respeto por el de las demás. No tienen tampoco otro concepto de la tolerancia que el de exigirla toda, sin tenerla para con nadie. Unos y otros, jacobinos conservadores y jacobinos liberales, enarbolaron la bandera de la concentración de sus respectivos bandos cuando vieron la probabilidad de que en Colombia un tercer partido, moderado y patriota, viniera a emancipar la conciencia nacional, a libertarla de los viejos ídolos. Ninguno de los dos presentó programa definido y concreto. El argumento más poderoso, en su concepto, para